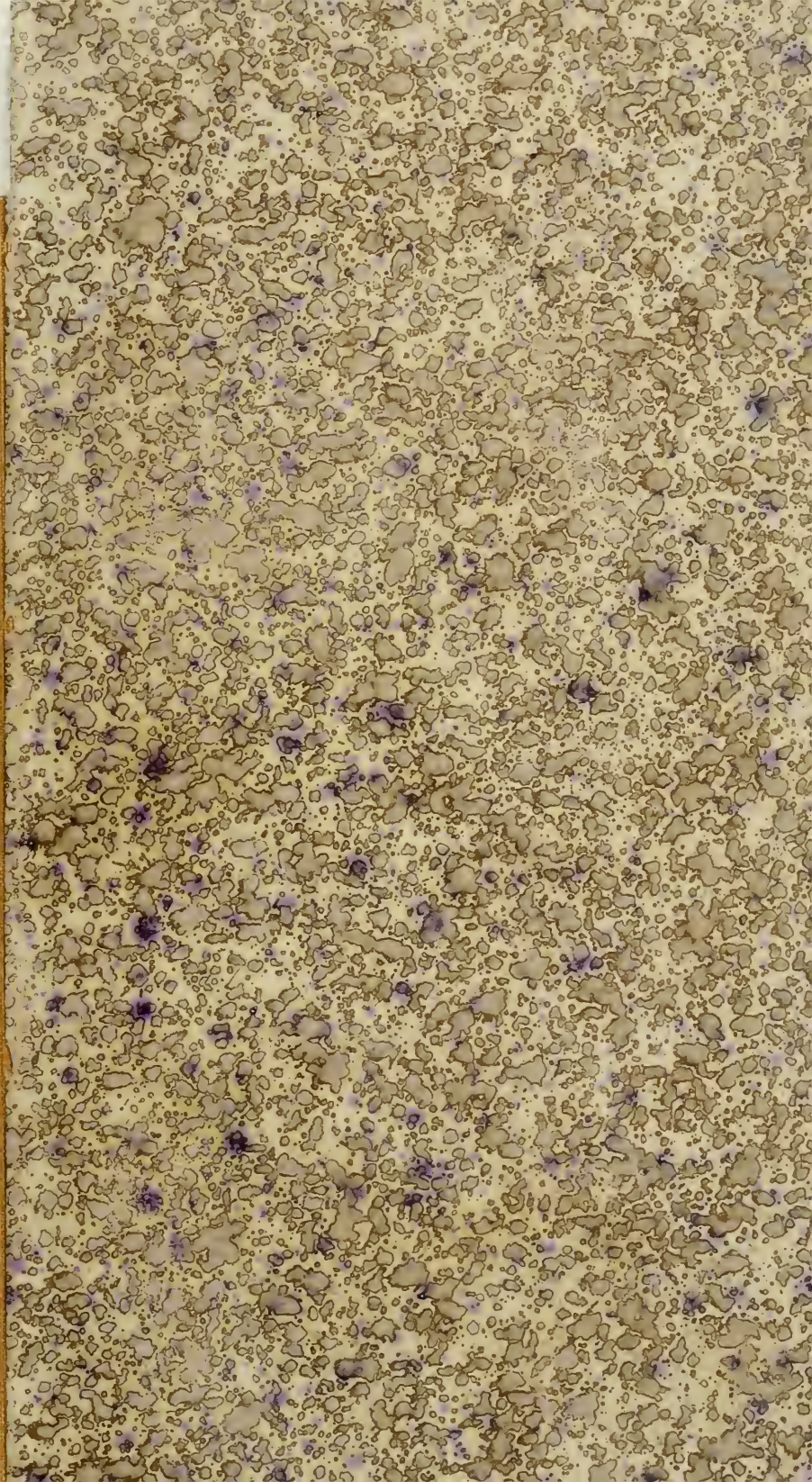
ANNEX
5
020
316
A
000 034 933
2
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



MIGUEL S. OLIVER

MUJERES DE LA REVOLUCIÓN

CONFERENCIAS Ia Y IIIa DE LA SERIE ORGANIZADA POR LA MUY ILUSTRE JUNTA DE DAMAS DE BARCELONA

M. CM. XVII.

Mujeres de la Revolución

CONFERENCIAS I Y III DE LA SERIE
ORGANIZADA POR LA M. ILTRE. JUNTA
DE DAMAS DE BARCELONA,
PRONUNCIADAS LOS DÍAS 14 Y 21 DICIEMBRE 1917,
EN LA SALA MOZART

POR

Miguel S. Oliver

BARCELONA
BLOUD Y GAY, EDITORES
35, Calle del Bruch, 35
PARÍS, 3, Rue Garancière

La Reina sin ventura

I

Vamos a recordar en los presentes ensayos, con brevedad y llaneza, la intervención de las mujeres en la Revolución de Francia. Esta Revolución tiene orígenes próximos y lejanos, de orden ecónomico, de orden intelectual, de orden sentimental, y ellos han de quedar excluídos de nuestra consideración, por extraños al propósito y por dificultades de someterlos a la tasa del tiempo. Si así no fuese, si pudiéramos detenernos en la preparación de la enorme tragedia, entonces hubiéramos debido buscar más arriba el punto de arranque de estas breves semblanzas, entrar en los salones abiertos al filosofismo, deternos ante Mme. Dudeffant, ante Mme. Geoffrin, ante Mlle. Lespinasse, ante las hermanas de espíritu y las hijas de alma de Voltaire, de los enciclopedistas, de los holbaquianos.

Pero no se trata de la incubación sino del estallido, esto es, del hecho histórico material tomado en sus apariciones inmediatas, externas, visibles. Y el hecho empieza a desarrollarse y condensarse en torno de una mujer, precisamente: María Antonieta, con anterioridad de cinco, de diez y aun de quince años. Es como una vorágine o torbellino que toma por centro de rotación a esa figura egregia, juvenil, graciosa, riente, de cabellos de oro pálido, de tinte de nácar, con las rosas de Chipre en el rostro, la cadencia de una diosa en la marcha. Y la vorágine, gira suavemente al principio, en torno suyo, con halagos de aura popular, acariciándola e irisándola de toda suerte de luces y reflejos de gloria ante los cuales palidecen los de la diadema; y la envuelve después, poco a poco, en nubes de ofuscación, de reserva, de hostilidad; y luego en borrascas de calumnia, de ultraje, de lodo inmundo lanzado a sus ojos y al armiño de su manto; y después en remolinos de llama, de ira rugiente, hasta que por fin, cansada de arrastrar en volandas a ese pelele divino, lo abandona a su trágica pesadumbre, al

cabo de quince años, marchito, ajado, hollado por todas las piaras de la vileza, hecho un giñapo sangriento...

Tal fué el trágico destino de María Antonieta de Lorena, acerca de la cual departiré con mis oyentes poniendo en común el recuerdo de nuestras lecturas y las sugestiones que determinaron en nuestro espíritu. No se trata de seguir, paso a paso, aquella vida por todos conceptos extraordinaria: por el explendor, por la preeminencia, por el infortunio. ¿Quién no la conoce y no la ha releido cien veces, como uno de los grandes temas sentimentales de la historia y como el ejemplo mayor de caducidad en las cosas terrenas? Mi objeto no es la biografía sino la semblanza general; no es el recuento cotidiano de su existencia sino la contemplación de la figura viviente y la lección de filosofía ascética que de ella emana, tan profunda, tan dolorosa y grave como la del libro de Job o de cualquier otro documento que diga relación con las supremas desolaciones de la vida y con los embates de la adversidad probando el temple de las almas.

Habló Sainte-Beuve, hace ya más de sesenta años, de las dos maneras que el historiador o el comentarista pueden adoptar para la definición, para la interpretación de ese carácter y de ese caso histórico: la apología a todo trance o la verdad completa, la vindicación incondicional y rígida que no cede ni concede un ápice al adversario, que no razona, que no discute, que se limita a negar o descartar todo reproche, aun el más leve, y la exposición cabal y sincera de los hechos. Yo no vacilo en preferir esta última dirección, primero, porque la historia no debe tener más ley que esa de la entera verdad y, después, por que en el caso presente la verdad depone en favor de la reina calumniada y mártir, ofreciendo un tipo tan de mujer, tan femenino, tan verosímil, tan real y viviente de por sí, que las mismas imperfecciones accidentales del carácter o de la educación, no hacen sino poner en evidencia la calumnia y dejar en el ánimo una convicción indestructible acerca de los artificios y engaños con que fué preparada. Creo yo que han servido harto más a la buena memoria de María Antonieta, la exactitud, la fidelidad, el tacto irreprochables de Mme. Campan en sus *Memorias*, que todas las vindicaciones intransigentes a la manera antedicha, por caballerosas que fuesen y por sincero y admirable que resultara el culto póstumo que las motivó.

He aquí, por ejemplo, tres documentos de aquella índole: el libro de Mme. Campan, a que acabo de referirme; el retrato litera-

rio debido a Sainte-Beuve; la vida de la reina por los hermanos Goncourt. Todo es en tales interpretaciones claro, evidente, transparente: los pequeños errores, las ligerezas infantiles, los aturdimientos de juventud, iluminan de por dentro el juego azaroso de esa vida, mostrando la conjuración de fatalidades, *quid-pro-quos* y falsas apariencias que convirtieron el madrigal de 1770, en el drama de 1789 y en la catástrofe de 1793. Treinta años más tarde aparecían las *Memorias* de la discreta camarista, que datan por lo tanto de 1823. Su efecto persuasivo fué inmediato y total. Reconoció el público en sus páginas aquel acento inequívoco, inconfundible, de la veracidad, que nos hace exclamar todavía, interiormente: «Así fueron, así tuvieron que ir las cosas en realidad, y no pudieron ir de otra manera». Subyugados por la lógica de esa versión y por la autoridad del testimonio que la ofrecía, escribieron Sainte-Beuve, con toda su inclinación a los análisis corrosivos, los hermanos Goncourt, con todo su prurito de lo pintoresco, voluptuoso y galante. I, sin embargo, la imagen resultó, sustancialmente, la misma. Con posterioridad a ellos, el caballero d'Arneth, agotando los archivos vieneses, publicó la correspondencia privada entre María Antonieta y su madre y la correspondencia reservada del embajador Mercy-Argenteau, que si alguna misión tenía en París era la de celar por el buen nombre de la Delfina, vigilar sus pasos e informar rectamente y confidencialmente a María Teresa. De esa documentación inédita y confidencial podían surgir, hubieran tenido que surgir, si existiese materia para tanto, revelaciones graves, comprometedoras y concluyentes: ni la emperatriz, ni el diplomático extreman su intolerancia para con la antigua archiduquesa, antes bien refunfuñan de continuo y sobre cualquier nimiedad, finalizándola y distiéndola desde el punto de vista personal y según la conciencia o razón de Estado. Pero aun así, la vida de la reina no sufrió alteración esencial con motivo de la publicación de tales documentos; añadieron nuevos pormenores, anécdotas, datos desconocidos, pero no fué necesario retoque alguno en la semblanza ni hubo de modificarse el juicio de la historia. La sinceridad y la franqueza habían acertado y consiguieron un bien que las defensas excesivas o torpes no alcanzan nunca.

Ultima de las hijas de María Teresa, la gran emperatriz; nieta del emperador Carlos, el famoso Archiduque de Austria de nuestra guerra de sucesión, por quien Cataluña se desangró hasta caer extenuada y aplastada en 1714; criatura llena de encanto, con el

destello de grandes y misteriosos destinos en su frente, en su mirada, en la expresión de su precocidad, diríase que María Antonieta nació para el agrado y para sentir y apurar el deleite de ese agrado. Compañera, por un momento, de juegos infantiles en la infancia sublime de Mozart, alumna de Metastasio para la lengua italiana, no sé qué dejo de melodía angélica, qué dulce vibración de lirismo toscano, dejan esos dos recuerdos, en el primer fondo de su sensibilidad de niña, prontos a reaparecer y temblar como un eco, como una resonancia celeste, en la mujer y en la soberana. Había saludado ya el abate Metastasio el nacimiento de su futura discípula. Fué, con motivo de una apuesta entre María Teresa y el duque de Tarouka, quien aseguraba que el nuevo vástago sería varón. Perdió el duque e hizo modelar en porcelana una figura femenina en actitud de presentar a la emperatriz dos tabletas sobre las cuales aparecían grabados esos versos del «poeta cesáreo», del libretista inseparable de Hændel y Pergolese:

Io perdei: l'augusta figlia
A pagar m'ha condannato;
Ma s'e ver che a voi somiglia
Tutto il mondo ha guadagnato.

Todo el mundo ganó, todo el mundo pudo ganar, con ese nacimiento, menos la recién nacida. Y al exhumar ahora el augurio rimado por el glorioso abate con palabras que recuerdan los cantábiles más famosos de *Tito, Semiramis* y *Demofoonte,* sentimos aquella especial amargura, aquella ironía con que la historia suele responder alguna vez al merecimiento y a las predicciones o esperanzas que naturalmente suscita. Nadie nació en el mundo colocado y dotado para ser feliz, como esa divina criatura; a nadie fueron tan fatales en su vida mortal esos dones supremos ni nadie como ella pudo dolerse de haber conocido la luz de este mundo nuestro, tan benigna y suave al parecer. Ya desde lejos, desde la cuna, el abismo va reclamando por suya aquella existencia inocente, que desborda de gracia y de alegría; desde la cuna empieza a atraerla hacia su órbita fatal, y no hay, no habrá en los días que le están contados, un paso, una palabra, un accidente, una sonrisa, un latido, que no conspiren a esa adversidad insólita, aun cuando más parece que anda entre nubes de gloria y de agasajo y que el mundo se cuaja de flores en torno suyo.

II

Una política se ha impuesto a Francia, cansada de las vejaciones de Inglaterra, que vienen a resumirse en la increíble humillación del tratado de París. A la hegemonía de España en el siglo XVI, vino a suceder la de Francia en el XVII, y la Gran Bretaña hubo de luchar sucesivamente contra una y otra, y luego, conjuntamente, contra las dos, desde que el trono español correspondió a los Borbones. Choiseul quiere desviar el eje de la política europea; juzga que la salvación y la dignidad de su país estriban en la alianza con el Imperio, y que para estrechar esa alianza meramente diplomática, meramente política, se impone también un vínculo de sangre. María Antonieta es la prenda de ese vínculo, de esa política, de esa desviación en las costumbres y los odios seculares de Francia y, en especial, de su corte. Es también, sin presumirlo, la prenda y la hechura del partido y del hombre que las han impuesto, y ese hombre, además, se ve combatido por una oposición formidable, que, toda íntegra, constituirá también la oposición y el bando enemigo de la archiduquesa.

Choiseul es el prototipo del ministro reformador que corresponde al momento de los reyes filósofos en todos los estados de Europa; es el equivalente, mejor diríamos, el modelo francés de los Pombal, de los Aranda, de los Kaunitz, de los Tannucii. Sus adversarios son poderosos por el número, por la calidad y por el centro de reunión y de impulsión que han conseguido darse en la persona de Mme. Dubarry, última de las grandes mancebas titulares de los reyes de Francia, última de las privanzas amorosas en el desdichadísimo reinado de Luís XV. Todos los intereses heridos, todas las ambiciones defraudadas, todas las soberbias abatidas, todos los sentimientos, prejuicios y pasiones lastimadas, sean de la clase que fueren, nobles o viles, lícitas o inconfesables, se conjuran contra el ministro y se hallarán organizados y preparados muy luego para conjurarse contra su hechura.

Así, pues, mientras se deslizaba la infancia de María Antonieta en balbuceos graciosos de italiano bajo las frondas de Schœnbrunn, en sueños de inocencia y en sonrisas de ingenuidad, ya

susurraba el viento del Rhin con el rumor de la tormenta lejana que debía envolverla más tarde y que le enviaba de cuando en cuando sus emisarios y sus exploradores. Era cuestión de convertir a la archiduquesa en una futura reina de Francia; de comunicarle el tono, el aire, el matiz de su nueva nación, tan refinada y exigente: el tono de esa Francia, el tono de París, el tono de Versalles. Dos actores franceses, Aufresne para la pronunciación, Sainville para el canto empezaron esa obra; reemplazóles, más tarde, el abate de Vermond, y de él se dijo que habiendo enseñado a María Antonieta una dicción esmerada y hasta pura, se reservó la ortografía para retener en su mano la revisión de la correspondencia y, de este modo, el influjo constante sobre sus relaciones de familia y sobre la dirección de sus ideas y afectos.

Pero a la iniciación del lenguaje, de la etiqueta, del tono nacional, debía seguir la iniciación política y esa es natural que estuviese confiada al propio embajador de su nueva patria. Así conoció, antes de pasar la frontera, al príncipe Luís de Rohan, al corrompido magnate que deshonró la púrpura cardenalicia y que, de un modo tan funesto, debía enlazarse después a la historia de sus desventuras. Y así emprendió el viaje, llegó a la línea divisoria y penetró en el magnífico pabellón levantado en Kell, cerca de Estrasburgo, para recibirla. Componíase de un vasto salón central, que comunicaba, a un lado y otro, con dos departamentos: el primero destinado a las damas y señores que acompañaron desde Viena a la Delfina, y el segundo a la alta servidumbre francesa que debía ponerse a sus órdenes y constituir su nueva casa: la condesa de Noailles, la duquesa de Cossé, el conde de Tessé, el conde de Saulx-Tavannes, el obispo de Chartres, para no citar sino a los más preeminentes. Y he aquí como describe la escena quien la vió o, cuando menos, recogió la versión de los testigos presenciales: «En cuanto se hubo despojado la Delfina de todas sus prendas »desde la cabeza a los pies, para que nada conservase de su país de »origen, según la etiqueta siempre observada, las puertas del salón »se abrieron majestuosamente; la joven princesa apareció en el »umbral y, buscando con la mirada a la condesa de Noailles, se »arrojó en sus brazos al reconocerla, no sin pedirle, con lágrimas en »los ojos, con una franqueza y sinceridad salidas del corazón, que »la dirigiese, que la aconsejase, que fuese en todo y por todo su »sostén y su guía. Nadie pudo reprimir su admiración por aquella »marcha aérea: una sola sonrisa bastó para seducir a los circuns-

»tantes; y en aquella figura encantadora en la cual brillaba todo el »hechizo de la alegría francesa, no sé qué augusta serenidad, »acaso la actitud un poco altiva de la cabeza y de los hombros, »hacía pensar en la hija y heredera de los Césares».

De esta manera entró en Francia, de esta manera quedó incorporada para siempre a la historia de Francia y capturada dentro de la órbita de la Revolución, aquella joven, aquella niña que no había cumplido quince años, a quien la tierra y los cielos parecían sonreir, cuya suerte fué envidiada por todo el mundo, que corrió a París de ciudad en ciudad y de triunfo en triunfo, entre agasajos, bendiciones y lágrimas de ternura, entre salvas, músicas y toda suerte de homenajes rendidos a su rango y a su belleza, y que, no obstante, estaba condenada para dentro de muy poco a no gozar un día claro, una hora serena, un instante de felicidad tranquila en los veinte y tres años que la separaban del sepulcro, si había de tener sepulcro. Tiempo después, cuando pudo gustar al fin la suprema delicia de ser madre, un accidente propio de su situación, puso en grave peligro su vida, salvándola una sangría en seco, pues ni tiempo hubo para traer agua templada. Los cortesanos y adictos de la reina que con ansiedad aguardaban el desenlace por corredores y antecámaras, prorrumpieron en exclamaciones de júbilo al saberlo satisfactorio. Mas, al evocar ese recuerdo Madame Campan, lo hizo en los términos que no resisto a recordar, por lo definitivos y elocuentes: «Nuestra alegría tuvo algo de »embriaguez; y, sin embargo, en medio de tal embriaguez, una voz »celestial, con poder suficiente para descorrer el velo que oculta »los destinos, hubiera podido gritarnos: No bendigáis esta ciencia »de los humanos que la devuelve a la vida; llorad más bien por su »retorno a un mundo tan funesto y cruel para el objeto de todas »nuestras afecciones. ¡Ah! Dejad que se ausente ahora, querida, »llorada, honrada de todos. Desahogaréis a gritos vuestro llanto »sobre su tumba y podréis ocultarla bajo una montaña de flores.. »Porque día vendrá en que todas las furias de la tierra, después de »haber acribillado su corazón de mil saetas envenenadas, después »de haber marcado en sus nobles y atractivas facciones los signos »prematuros de la descrepitud, la entregarán a suplicios que no »existen para los criminales empedernidos, privarán a su cuerpo de »sepultura, y os hundirán con ella en el abismo si dejáis escapar el »más ligero movimiento de compasión a la vista de tantas cruel»dades».

Así fué, en efecto: mas no se crea que empezó entonces, con el nacimiento del primer hijo, esa larga, interminable, abominable historia de crueldades. Venía preparada de mucho más lejos y comenzó en el instante mismo en que la Delfina puso el pie en territorio de Fancia, en la orilla izquierda del Rhin, en el pabellón de Estrasburgo; cuando aquellas muchedumbres fascinadas la aclamaban y bendecían; cuando Versalles ardía en fiestas; cuando Luís XV se mostraba enbebecido y como purificado de treinta años de depravación ante la frescura virginal de la compañera escogida para su nieto; cuando se agotaban en su honor las ponderaciones más exquisitas o poéticas, y por su esbeltez, por su hechizo, por su gracia vaporosa, era comparada ahora a la Venus de Médicis, ahora a la Atalanta de los jardines de Marly; cuando el buril y el pincel se afanaban en la reproducción de su efigie, inscribían su rostro en el corazón de una rosa entreabierta, la convertían en alegoría viviente de la Primavera, de Flora, de Psiquis; cuando, en fin, hacía su entrada solemne en París y paseando por los jardines de las Tullerías del brazo de su marido, a pie, sin guardias, sin séquito, perdida en el océano clamoroso de la muchedumbre, estuvo a veces tres cuartos de hora sin poder dar un paso, ensordecida por un rumor de gloria y de felicidad, o cuando al salir a la terraza de las mismas Tullerías para despedirse de esa multitud que la vitoreaba frenéticamente, el viejo mariscal de Brissac, gobernador de la villa, decíale entre conmovido y galante: «Señora, son doscientos mil adoradores que os aclaman».

Pues bien: ya entonces, coincidiendo con todo esto y en parte a causa de todo esto, acechaba la calumnia con sus mil ojos, velaba la perfidia y disponía sus materiales inmundos para entregarlos como atestado de acusación a los verdugos de mañana. Yo tengo el deber de proclamar, y aquí más que en otro sitio, una verdad dolorosa: quien perdió en primer término a María Antonieta y prejuzgó su destino no fué la Revolución, no fué el Terror, no fué la demagogía. La demagogía, el Terror recibieron amasado de manos del Antiguo Régimen, de manos de la misma Corte, el alud de estiércol y de infamia en que rodó envuelto durante veinte años el nombre de la desventurada princesa; y no creyera digno de este auditorio ni lo consideraría digno de mí, el presentarme con una diatriba limitada a execrar a los regicidas de la Convención, del Comité de Salud Pública o del Tribunal Revolucionario. No; la suerte de María Antonieta y de su regio esposo, dependió de otros

orígenes, obedeció a otras causas y tuvo otros fiscales y sacrificadores que los Thuriot, los Dmas, los Fouquier-Tinville.

III

En primer término hay que considerar a los prisioneros del Temple como víctimas expiatorias, no ya de sus propios errores, sino de una larga serie de culpas y prevaricaciones ajenas. La implacable elocuencia del conde José de Maistre, que tenía el don de enrojecer a su fuego todas las palabras del idioma, formuló ya esa acusación por desgracia indestructible. Entre las responsabilidades de la Revolución, la primera en importancia, en magnitud y en orden de tiempo fué el incumplimiento de sus grandes deberes, la deserción de sus deberes en que incurrieron las clases elevadas, sin exceptuar el mismo trono. Y en el probo, en el justo, en el casto y honradísimo Luís XVI vengó la historia los escándalos de dos siglos de libertinaje a que se propuso poner término definitivo, cerrando aquellas páginas cuyos últimos episodios habían sido la orgía de la Regencia y la crápula vergonzosa del Parque de los Ciervos.

En segundo lugar, el proceso del rey, el de la reina sobre todo, no se sustanciaron sino a medias en la Convención y en el Tribunal revolucionario. Venían instruídos y refrendados de muy atrás, y por manos enguantadas y a veces ungidas. Y antes de que figurasen a su pie los nombres plebeyos y de baja extracción que suscribían las sentencias del terrible jurado, ostentaba ya otros de muy egregia estirpe: duques, ministros, purpurados, grandes damas y príncipes de la sangre: los La Vauguyon, los Aiguillon, los Rohan, los Richelieu, los Maurepas, los Orleans... La índole de nuestra conversación no nos permite seguir minuciosamente la increíble y vasta conspiración de intrigas y fatalidades, de despechas y de imposturas, de espionajes y maledicencias, ora porque se pretendía hallar a la mujer antes que a la soberana, ora porque la soberana no sabía olvidarse de que era mujer, nacida para todas las dulces expansiones de la vida doméstica, para los afectos sinceros y firmes, para la amistad, para la generosidad.

Pero si ello nos fuese posible, había de asombrarnos y conmo-

vernos de nuevo, como a mí me conmueve cada vez que medito acerca de él, este caso único, esta combinación estupenda, de femenilidad y desventura que saltan a los ojos, de suerte que no hay en la historia de María Antonieta una actitud, una palabra, un gesto que no revelen a la mujer dentro de la reina y aun contra la reina, ni una actitud, una palabra, un gesto que, según ya dije, no colaboren desde lejos, fatalmente, sabiamente a esa desventura, como en ciertos prodigios del arte dramático — en Shakespeare, por ejemplo — no se halla expresión ni suceso perdidos, esto es, que desde la primera jornada y la primera escena no preparen la catástrofe de la escena final.

Mujer: he aquí el encanto y la perdición de esa figura. Mujer por su alegría, por su movilidad de espíritu, por su frivolidad a ratos y en sus albores. De aquí sus excelencias y sus defectos; de aquí el atractivo con que cautiva y aun desarma a cuantos se le acercan, por prevenidos que estén en contra suya: así el propio Mirabeau, así Barnave, así la joven que la injuriaba el 20 de junio en el desfile de las Tullerías; así el teniente de la guardia nacional que le habló con insolencia; así, en suma, aquellos representantes o esbirros de la municipalidad encargados de su custodia en el Temple: los Manuel, los Toulan, los Lepitre, los Michonis, a quienes una palabra sincera y una mirada tranquila bastaron no sólo a humanizar sino a convertir en defensores frenéticos y hasta la muerte.

Mas, por esas ingenuidades de su natural expansivo, entrégase inerme a la maledicencia o a los planes tenebrosos del rencor. El ceremonial complicadísimo de la corte de Francia le resulta desde los primeros días enojoso y a veces insoportable. No puede reprimir a lo mejor un mohín de impaciencia, una burla ligera, una salida espiritual. La condesa de Noailles no tardará en ser llamada, cariñosamente, en su círculo, *madame l'Etiquette*. Por una complicación de esta misma etiqueta cierto día de invierno, muy crudo, en que la reina se dispone a vestirse con ayuda de su camarera, entran sucesivamente la dama de honor, la duquesa de Orleans, la condesa de Provenza. Es preciso entregar a cada una de las recién llegadas, por orden de categoría, la camisa desplegada ya; esperar que se quiten los guantes, que la recojan, que la acomoden. La reina de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, tiritaba de frío. Cuando al fin su cuñada le pasó la dichosa prenda, hubo de despeinar a María Antonieta con

la precipitación y María Antonieta se echó a reir para disimular su berrinche, no sin haber repetido, una y otra vez, entre dientes: *C'est odieux! quelle importunité!* En otra ocasión, montando en borrica durante uno de sus paseos campestres, se dejó caer al suelo por aturdimiento o gracia infantil y exclamó a gritos: «¡Que llamen a la condesa de Noailles, a ver lo que dispone el protocolo para estos casos!». Y todo ello es anotado como irreverencia, como desamor a las costumbres de su nuevo país, y el sobrenombre de la *austriaca*, que la acompañará al patíbulo, empieza a circular a media voz en los corredores y en los gabinetes de Palacio.

Esa misma condición de mujer antes que todo y por encima de todo, la distingue radicalmente del tipo femenino que aparece con la Revolución y explica el odio implacable con que trataron a María Antonieta las Espartanas, las Lucrecias, las madres de los Gracos de nuevo cuño, entre quienes descuella, por modo extraordinario, la gran Cibeles de las girondinas: Mme. Roland. Por ser mujer, tan mujer, es compasiva y un poco aprensiva: entregada un poco a la superstición de los malos agüeros, aunque no tanto como a las efusiones de la generosidad. Le preocupa como una obsesión la fecha de su nacimiento, que fué el mismo día del gran terremoto de Lisboa; un espejo mural de Versalles, ante el cual ha de pasar con frecuencia y que copia su figura sin cabeza, prodúcele un escalofrío inexplicable de angustia, de confusión; el retrato de Carlos I de Inglaterra, la turba y atrae, todo a la vez; en cierta ocasión que tenía encendidas cuatro bujías en su gabinete, se fueron apagando tres de ellas al llegar a la mitad.—Si la cuarta se apaga también — dijo a los presentes — lo tendré por presagio funesto. — La bujía se apagó al poco rato, dejándole una preocupación que tardó muchos días en desvanecerse.

Y así también para la conmiseración del infortunio. Cuando la catástrofe de los fuegos de artificio en las fiestas de su llegada a Versalles, lloró sin consuelo durante semanas enteras y no se contentó con menos que con dedicar su lista civil de todo el año y la del Delfín su esposo, a socorrer a las familias de las víctimas. Todos recordáis, seguramente, el caso del pobre campesino a quien hirió con sus astas un ciervo embravecido, durante una cacería; el caso del niño a quien la Delfina adoptó; el caso del viejo sirviente que se desgarró una mano retirando cierto mueble por orden de la reina, a la cual hallaron las gentes de palacio, hecho trizas de su propio pañuelo, con una jofaina al lado y vendando, de rodillas,

cuidadosamente, amorosamente la herida del anciano, mientras éste lloraba de emoción y de respeto. — Bah! — puede que piensen algunos — rasgos teatrales de la realeza, preparados o exagerados por la adulación. — Pues, no, señores; rasgos vivos según el testimonio unánime de quienes la conocieron; arranques e impulsos de un corazón de mujer, exenta de toda *pose*, que no se acuerda de Plutarco ni de Juan Jacobo, que no se cree observada por los contemporáneos ni por la posteridad, que no sabe si esto le grangea simpatías o se las enajena, si sale del tono palatino o se ajusta a él, si sirve a los intereses de su rango o los compromete.

Y, ¿no los comprometía acaso con su amor tan femenino de la elegancia, de la novedad, de la moda, aun en el mismo centro, en la misma cuna de esa tiranía universal? ¿No los comprometía con los ímpetus de su afecto, con su regocijo de colegiala, con su adhesión a las amistades personales, con su deseo de vida íntima y de dulce expansión que suplieran en cierto modo el vacío de su matrimonio y el apautamiento del monarca durante los primeros siete años, obra de La Vauguyon, mirando acaso a preparar un divorcio por razón de esterilidad? No por imprudencia, no por desafiar a la malicia sino por ignorarla, se olvidó a menudo de aquel axioma según el cual no existe vida privada para los soberanos. No siempre su circunspección estuvo a la altura de su pureza de intenciones, así se tratara de escoger su tertulia y sus pasatiempos, como de satisfacer los pequeños caprichos y volubilidades de mujer joven, agradable y deseosa de agradar a todo el mundo.

IV I ÚLTIMO

De aquí aquella omnímoda universal, implacable tergiversación de sus acciones, de sus palabras, de sus pensamientos. Y todo, desde su preferencia amistosa por la dulce princesa de Lamballe o la duquesa Inles de Polignac; desde sus inocentes representaciones de teatro, y sus correrías de amazona o en trineo, y su afición a los bailes de trajes, y su gusto del canto, de la ópera y de la buena compañía, en los primeros tiempos, hasta la que pudiéramos llamar su segunda manera: la manera del pequeño Trianon, de la sencillez,

de la *bergerie,* de los vestidos de percalina, los fielius de gasa y los sombreros de pastora, todo, absolutamente todo le fué anotado como un reproche, como una impureza y en ocasiones como un crímen. Todo se convirtió en tragedia a su alrededor. ¡Si! el haber presenciado un día la salida del sol desde las alturas de Marly, con su séquito, le valió un libelo infame: *Le lévar de l'aurore.*

Su curiosidad femenina y su admiración por las joyas la ponen en contacto peligroso con el judio Boehmer, que tan fatal había de serle en el desdichadísimo asunto del collar; rompiendo la añeja costumbre entra y sale de palacio la famosa costurera Bertin, con sus creaciones y fantasías, que impulsan las audacias elegantes de la reina; el supremo artista del peinado, Leonard, se encarga de su servicio sin obligación de dejar a las clientes particulares... Y es que María Antonieta se cree en su propia casa y no en la de todo el mundo, se juzga dueña de sus acciones antes que esclava de su representación y quiere que la sirvan y provean el primer diamantista, la primera *marchande,* el primer peluquero de la corte, sin estancarlos en la exclusiva con perjuicio de su originalidad y poder de invención. Claro que esas son otras tantas puertas que se abren, a la curiosidad y a la maledicencia públicas; pero la reina, por repetidas que sean sus decepciones, nunca llega a explicarse del todo como unas cosas tan nimias y naturales, tratándose de su rango y de sus recursos, puedan ser motivo de censura ni siquiera de fiscalización.

Mas ¿a qué maravillarnos de esa falta de cautela, de esa ingenuidad de corazón, en los días que pudiéramos llamar relativamente felices y de optimismo, si ella rebrota en momentos ya muy graves, con la misma naturalidad, con la misma ausencia de malicia, con la misma persistencia del carácter? Así, por ejemplo, cuando la fuga a Varennes. Entonces ya no expiaban los cortesanos, sino los jacobinos, con un furor, con una terquedad, con una implacable suspicacia que no llegaron a conocer sus precursores, los puritanos de la revolución de Inglaterra. Pues bien: la primera preocupación de la reina, tanto como combinar la huída, asegurarse el camino y el apoyo de los húsares de Bouillé, apelar a la romántica fidelidad del conde de Fersen, es proveerse de un equipo para sí y para sus hijos, es mandar a la frontera para hallarlo dispuesto a la llegada su célebre *necessaire* de viaje. Y el encargo de ese equipo y la movilización del *necessaire* empiezan a delatarla a los soplones, a las mujeres de su guardarropa, a los clubs, a las iras populares.

Por esta misma ingenuidad sin cautela, por esta misma impulsividad tan eminentemente mujeril, sus relaciones más puras, más desinteresadas, más inocentes tomaron aspectos ambiguos alguna vez o abusaron casi siempre de las generosidades de su protectora hasta comprometerla. Así el encumbramiento de los Polignac, y la extorsión de favores y mercedes que tanto contribuyó al descontento público. Así la familiaridad concedida a los íntimos de su tertulia, aun a trueque de hallar entre ellos un cínico de audacia como Bezenval o un fatuo impenitente como de Lauzun que, desacataran o poco faltase, a la dama y a la reina, poniéndola en el trance de recordarles que era lo uno y lo otro. Así, finalmente, la desdichadísima historia del collar, aquella estafa de grandes vuelos, urdida al joyero Bohemer y a los delirios galantes del cardenal de Rohan, con la intervención siniestra de Mme. de la Motte y de Cagliostro, con la comedia de una entrevista en la oscuridad de los jardines de Versalles entre el purpurado y la Reina de Francia, suplantada por una aventurera de baja estofa, aunque de notable parecido físico con María Antonieta.

El resultado, sabido es de todos: la perfecta justificación de la reina que, sin saberlo, amaneció un día enredada en el mayor amasijo de imposturas, de trapacerías, de falsificaciones de letra; la demostración de un estupendo atraco a su inocencia no menos que a la punible y vanidosa tontería del príncipe de Rohan; pero también un escándalo immenso, un daño espantoso, una desgracia irreparable, pues que abrió todas las compuertas de la difamación y fué la señal para su desbordamiento definitivo, para aquella nunca vista explosión de libelos, de ultrajes versificados, de sátiras inmundas y clandestinas. En ella rivalizaron el odio palaciego, la perfidia política, la delectación morosa de los profesionales de la lubricidad, los despechos impuros, las esperanzas criminales defraudadas, es decir, un conjunto tal de estímulos y pasiones que, a su lado, la más noble, la más caballeresca, era sin duda el hambre de los infelices que cifraban en sus engendros un simple propósito de *chantage* o de grangería.

De esta manera, señores, aquella criatura tan generosa, tan expansiva, tan satisfecha de la juventud y del contento que irradiaba en torno suyo; aquella mujer que no traspasó nunca — ni en los años en que el rey permaneció insensible a sus atractivos — los límites honestos de una frivolidad bulliciosa; aquella mujer cuya coquetería, en todo caso, fué según la delicada y justa expresión

del duque de Ligne, coquetería de reina, para agradar a su pueblo y conquistar su corazón, vióse denunciada al odio de ese mismo pueblo, señalada a los verdugos, entregada a sus próximas y feroces vindictas.

Y entonces fué también cuando surgió del fondo de su alma el tesoro de grandes afectos, de nobles y heróicas virtudes que en ella había, y cuando logró fundir en una todas las majestades: la majestad de la reina, de la madre, de la esposa abnegadísima; la majestad del infortunio que, en una noche, después de Varennes, sustituyó a los fulgores de la diadema y al oro pálido de sus cabellos de Delfina, la ceniza de una prematura senectud. Un mechón de esa plata elocuente fué a parar, como recuerdo, a manos de la princesa de Lamballe, dentro de una sortija y con un lema: *blanchis par le malheur*. Pero la misma adversidad que blanqueaba las áureas madejas de otros días, sublimó a la soberana, convirtiéndola en símbolo imperecedero de la expiación injusta, de la desventura mayor que no ya la historia, sino la mitología y la fábula hayan registrado o producido, y en símbolo también de la mayor firmeza en soportarla como exigían su rango sobre la tierra y sus esperanzas de inmortalidad.

El tiempo se me ha ido en esta deshilvanada conversación más de lo que cumplía a mi propósito y, ni aun en síntesis, puedo evocar como deseara los cinco años postreros del calvario de María Antonieta, cuando el torbellino de la Revolución, de que hablaba al principio, se aceleró vertiginosamente y alcanzó su máximun de intensidad y de furia. Desde entonces, desde la reunión de los Estados Generales, su vida ya no fué vida, sino suplicio lento de cada hora y de cada minuto, con intervalos fugaces de optimismo o con sobresaltos de inmediata definitiva perdición. No hay más que pensar en las etapas y fechas más memorables de la pasión de María Antonieta: en el 14 de julio, en el 6 de octubre, en el retorno de Varennes, en el 20 de junio, en el 10 de agosto. Os invito a imaginar, a reseguir ese largo camino de abrojos y esa cautividad interminable que participa de la afrenta y del emplazamiento, desde que la muchedumbre se apodera en Versalles de la familia real conduciéndola a París, aquel día de otoño de 1789, hasta el otro día de otoño, el 16 de octubre de 1793, en que el cuerpo de la reina mutilado por la guillotina, profanado por la mano del verdugo y de sus auxiliares, encontró ignorada sepultura en el cementerio de la Magdalena, donde la habían precedido, o no

tardaron en seguirla, confundidos en horrible promiscuidad, la mayor parte de sus enemigos, fiscales y sacrificadores, empezando por la misma Mme. Roland que tan ferozmente se regocijaba un año antes de las humillaciones de María Antonieta.

Y, con todo, ese día, el día del suplicio, no fué el peor ni el más amargo: fué el de la liberación suprema y del tránsito a la bienaventuranza. Ella había vivido cuatro años en perenne ultraje, viendo como a cada hora se desgarraba en nuevos girones la dignidad real y saltaban nuevas astillas del trono de San Luís y de Clodoveo. Había resistido los mayores escarnios, las injurias más soeces, los tormentos más refinados. Había presenciado el desfile de las multitudes, ébrias de furor, por el palacio de las Tullerías durante tres horas inacabables, oyendo los dicterios más viles y las amenazas más espantosas, sin que alteraran el decoro de su figura y de su jerarquía. Afrontó los peligros del 10 de agosto y la cautividad del Temple con el noble tesón que todos conocemos. Oyó a las turbas vociferantes del 3 de septiembre y pudo distinguir al extremo de una pica la cabeza exangüe de la heróica Lamballe, nimbada todavía por el oro, por la luz de sus cabellos angélicos. Resistió la despedida tremenda del 21 de enero, y advirtió el rodar del vehículo que se alejaba con su regio esposo, camino del cadalso; sobrevivió a la mayor de las iniquidades, la separación de su tierno hijo el Delfín, para que acabasen con su inteligente precocidad y con su inefable ternura el mónstruo de Simón y los mayores mónstruos que lo delegaron. Secos, vacíos por el llanto, como los de Niobe, quedaron sus ojos; exhausto de lágrimas y de sollozos su pecho; rendido su corazón. ¿Qué consuelo, pues, había de ser la muerte, prenda cierta de traspaso a la mansión de los justos, desde donde la llamaba la víctima augusta pocos meses antes arrancada de entre sus brazos?

No en vano se rinde la imaginación de escritores y biógrafos buscando precedentes o semejanzas a esa desventura. No los tiene en la historia, aunque se acuda al proceso de otra reina, como María Stuardo. No los tiene en el mundo de la tradición poética o de la mitología, aunque nos acordemos de Hécuba, de Andrómaca, de las grandes personificaciones de la adversidad según los antiguos. La intensidad y complicación de esa desventura es un refinamiento del cual sólo era susceptible al mundo moderno, la época moderna. De ella, de la pasión y muerte de María Antonieta, pudieron escribir los hermanos Goncourt hace ya medio siglo, que

calumnió a Francia ante los extranjeros y deshonró a la Revolución. Pero no olvidemos que esa deshonra de la Revolución, esa calumnia contra Francia no hubieran prosperado nunca sin aquellos elementos del Régimen antiguo, degenerados o perjuros a sus deberes, pero siempre malditos de Dios, que la prepararon e hicieron posible.

Mme. Roland

I

Hemos tratado de evocar en otro estudio la imagen de María Antonieta, centro y víctima principal del torbellino revolucionario, y vimos en ella, constantemente, a la mujer en la reina, antes que la reina y a menudo contra la reina. Vamos a ocuparnos, ahora, de una simple mujer que, por propio empeño y por obra del ambiente en que se educó, hubo de ahogar en si misma todo carácter femenino y consiguió que se la proclamase «el único hombre del partido de la Gironda»; porque Mme. Roland, apenas conservó de mujer más que la figura, no poco exuberante, y un rencor, un odio especialísimo contra María Antonieta, que a ratos parece rivalidad de salón, envidia del brillo social o disputa tardía por el cetro de la moda.

En torno de los girondinos empezó a formarse, ya en los mismos días del Imperio, la leyenda que todos conocéis. Diríamos, ahora, que ese partido y sus representantes tuvieron una «buena prensa», una buena literatura, la cual les fué acentuando su inclinación a medida que desaparecían los espectadores del drama revolucionario, los testigos de presencia, capacitados para rectificar aquella versión, piadosa y notoriamente inexacta. Pretendía, en resumen, y lo consiguió por mucho tiempo, presentar al grupo formado enrededor de los diputados de la Gironda—llamados sucesivamente, *partido de Brissot* o *brissotinos*, *diputación de Burdeos, bordeleses*, *girondistas*, y, por último, *girondinos*—; pretendió mostrarle a la luz de una simpatía romántica. Era el grupo de la generosidad y la clemencia; sus manos estaban limpias de sangre; aquellos hombres amaron hasta el delirio la libertad y la justicia, no vacilando entre el cadalso y la degradación; quisieron contener los crímenes de la demagogia, reprimir los atentados del 10 de Agosto y las matanzas de Septiembre y salvar a Luís XVI, hasta el punto de perderles tan noble empeño. Su lema, en fin, no fué

otro que el *potius mori quam fœdari* escrito por Verginaud sobre el muro de la prisión del Carmen... en la cual Verginaud no estuvo jamás.

Tales son las líneas generales de la estilización, de la postura poética, con arreglo a la cual la memoria de los girondinos ha pasado a la posteridad, mediante la triple confluencia del teatro, de la novela y de la historia románticas. Ideólogos, nutridos de humanidades, oradores elocuentes algunos de ellos, hombres ágiles de palabra y de pluma, se ofrecieron entonces y se nos ofrecen aún como una falange brillantísima, la más brillante, sin duda, de la Convención, donde dominaron por completo al principio. Pero la ineptitud de su conducta, sus imperdonables errores, su cobardía moral para cuanto no fuese morir con estoicismo, hiciéronles perder poco a poco esa preponderancia y sucumbir en la lucha que plantearon contra La Montaña y contra Robespierre, no por cuestiones de moderación, de misericordia ni de federalismo como pretenden los alegatos poéticos a que aludí, sino por una simple rivalidad de influencia, independiente de todo punto de vista generoso, de todo horror a la sangre.

Esta es la conclusión actual de los conocimientos históricos y la prueba, ya indestructible e irreformable, que se ha aducido en su apoyo y que renuncio a extractar. Basta a referirme al fuerte libro de Edmundo Biré, *La legende des girondins*, donde ella está contenida y desde el cual han tomado nuevo rumbo en esta cuestión, así la gran historia como los simples relatos episódicos, de Taine a la Lenôtre, pasando por el mismo Aulard. Esta revisión, no obstante, ha alcanzado poco efecto sobre el público no especialista, sobre la masa general, que queda, y quedará por mucho tiempo, fiel a la primera versión de los historiadores del primer período—Thiers, Mignet, Michelet, Luis Blanc—y fiel, sobre todo, a la fantasía poética en ocho volúmenes que el autor de *Jocelín* y de *Graciella*, el cantor de las *Contemplaciones* bautizó con el nombre de *Historia de los Girondinos*.

Folletín magnífico y admirable el de Lamartine por la inspiración y el aliento, por la grandeza y el colorido de los cuadros, no pasa sin embargo de puro folletín en el aspecto de la verdad y aún puede decirse que en este sentido está a la altura de las mismas obras de imaginación tales como *El último banquete de los Girondinos*, cuento de Carlos Nodier; como *El caballero de Casa-Roja*, drama de Alejandro Dumas, el padre, o como la *Carlota*

Corday, de Ponsard. Con la historia colaboraba entonces el espíritu de partido, la conveniencia del momento, la propaganda. Y los *girondinos* vinieron como anillo al dedo para encarnar el precedente *juste milieu,* el liberalismo templado y de burguesía entre 1830 y 1848, entre las jornadas de Julio y los Talleres Nacionales, para dar con su persecución, con su despedida, con su muerte, con su juventud enamoradiza y truncada, con el hechizo de su elocuencia, con el cortejo de bellas actrices y de mujeres a la moda que atraían al retortero en el salón de Talma o en casa de Mlle. Candeille, un asunto digno de la musa romántica, el único asunto artístico y de cierta distinción que fuese posible hallar al lado de figuras tan inmundas como Marat, tan atroces como Danton, tan siniestras y frías como Robespierre.

Ahora bien: si la historia y la literatura, si la burguesía liberal y el *juste milieu,* si la imaginación de los días románticos se mostraron tan favorables a los girondinos, y convirtieron en poema su fugaz actuación de diez y ocho meses y en banquete o cena mística la última colación de aquellos «veinte Sócrates que dedicaron la última noche a departir sobre la inmortalidad del alma», ¿cómo no habían de desbordar y salirse de madre en la glorificación de la musa inspiradora, de la Egeria de ese grupo? Sobre la memoria de Mme. Roland, vino, pues, a concentrarse el interés de la escuela política, el interés del sexo, el interés de la belleza. Fué la verdadera encarnación y el centro de la Gironda, por efectivas condiciones de capacidad, de ánimo, de brío varonil. A la influencia de su talento y de su iniciativa, a la habilidad de su pluma que escribió los documentos culminantes de aquella parcialidad, supo añadir la seducción callada y latente de su madurez: una madurez recia, turgente, poderosa, henchida de savia, y de un incentivo o picante tan extremo como lo fué siempre, como lo será siempre, el de la provocación sin esperanza. Mme. Roland practicaba, a su modo, el culto de la virtud; era la «esposa de Catón» y aunque no amaba a Catón, —mayor de veinte años que ella—, le respetaba y se respetaba a sí misma.

Vamos a recordar, brevemente, los primeros años y la formación de esa criatura, señalado ejemplar de la mujer instruída que aparece con el nuevo Régimen. María Juana Phlipon había nacido el 17 de Marzo de 1754 y, contaba, por lo mismo, un año más que María Antonieta. Su madre era hija de un cocinero de cierta nombradía, *chef* en casa del marqués de Créquy. Este abuelo

llevaba el apellido de Bimont, y se adornaba con el apodo más pintoresco que elegante, de Rotisset. Su padre era un mediano grabador o cincelador de joyas, que acabó por establecerse en el *quai des Lunettes*. La hija del modesto Phlipon y de la buena Rotisset dió muestras casi desde la cuna, de una precocidad extraordinaria tanto como de una instintiva aspiración a menesteres más delicados que aquellos entre los cuales había nacido. Su rostro infantil resplandecía de inteligencia; sus ojos eran penetrantes y llenos de luz; cuando bajaba a la calle o a la tienda de la esquina para suplir un olvido de la mandadera, para traer unas bugías o comprar un poco de fruta, el droguero y la vendedora hacíanla objeto de distinción y servían con preferencia y antes de turno a la «señorita» del joyero, que se despachaba a las mil maravillas de sus comisiones, pero que no deja de transparentar al recorrerlas, la poca afición con que las recibía, por creerse llamada, por estarlo realmente, a superiores destinos.

II

A los cuatro años sabía leer de corrido y escribir con relativa facilidad; y, no obstante la modestia de su condición, aquella familia echó el resto para proporcionar a la hija mimada, a la hija única la educación más completa que estuvo a su alcance. La lectura fué su pasión, su gran pasión de este periodo. Descollaba también la niña por una memoria fácil y tenaz: en poco tiempo aprendió, casi al pie de la letra, un tratado de Heráldica que cayó en sus manos, de las cuales no soltaba tampoco los *Hombres ilustres*, de Plutarco. Con uno de sus volúmenes, a guisa de devocionario o libro de horas, solía ir a misa, según contó después, siendo aquél, como lo fué para casi todos los actores e impulsores de la Revolución francesa, su primer texto de civismo. ¡Poco sospecharía el bueno de Amyot, cuando, en los comienzos del siglo XVI, adelantaba laboriosamente la versión del gran biógrafo antiguo, que trabajaba también poderosamente, eficazmente, en la preparación de una gran revuelta futura y que contribuía a modelar una generación de terribles patriotas, de fanáticos restauradores de

las virtudes de Esparta, de la cual habían de guardar los hombres indeleble memoria!

«Esta criatura—y ahora es la propia señorita Phlipon quien »habla—esta criatura que explicaba perfectamente los círculos de »la esfera celeste, que manejaba el lápiz y el punzón de grabar y »que a los ocho años se hallaba ser la mejor danzarina en toda »reunión de jóvenes de mucha más edad que ella, esta criatura era »con frecuencia enviada a la cocina para batir unos huevos o para »espumar la olla...» Se transparenta aquí el mismo desdén inconfesado por las ocupaciones domésticas que ya hice observar y asoma también en estas palabras aquella falta de ingenuidad y frescura de espíritu, aquel punto de pedantería a cuyo precio se pagan las precocidades y maravillas de los niños prodigiosos y de algunas mujeres «grandes hombres».

Tuvo, sí, sus momentos pasajeros de retorno a la naturaleza femenina; hasta tuvo un instante de exaltación mística, de fervor religioso, cuando entró en las Damas de la Congregación del Fauburg Saint-Marcel, preparándose para recibir la Eucaristía, y renovando sus triunfos de la parroquia de San Bartolomé donde, años atrás, había acaparado todos los premios de catecismo. Pero esto duró muy poco. De vuelta a su casa, volvió también a sus lecturas, a sus imaginaciones, a sus melancolías; y la correspondencia que por cerca de ocho años sostuvo con las hermanas Enriqueta y Sofía Cannet, oriundas de Amiens, a quienes había conocido en las Damas de la Congregación, nos ofrece una historia más viva y puntual de sus sentimientos de esa fecha que las *Memorias* escritas después con la compostura y retoque de quien se retrata para la posteridad, no de quien se entrega a la confidencia.

No sería yo el primero, ni el segundo, ni por ventura el décimo, en esa confesión, si dijera que la señorita Manon Phlipon y la señora Roland que aparecerá después, siendo una mujer notable, no es una persona del todo simpática ni interesante por si misma. ¿Será que nos sobran en ella su inteligencia, su penetración, su lectura? De ningún modo. ¡Qué delicia comparable a la de departir sobre cosas de espíritu, sobre emociones de belleza y de vida. con una mujer inteligente, delicada, sensible a toda vibración como un arpa de cuerdas de oro, tensas y sutiles, a la cual basta un soplo, el vuelo de un pajarillo o el roce fugaz de una libélula, para quedar resonando largamente de melodía! No. Es que en esa

joven el *esprit* no es siempre espiritual, no es femenino y a momentos no parece humano. Cuando nos dice, con la mayor naturalidad del mundo: «en materia de controversia, yo me coloco al lado de los autores de Port Royal, porque su lógica y su austeridad convienen a mi temple»; cuando nos informa que en cuestión moral está por los estóicos y en cuanto metafísica por los cartesianos, así seriamente, formalmente, sin un dejo de ironía, sin un poco de astucia elegante o ligera para mitigar la masculinidad de estos enunciados, tal como podría proponerlos un *normalien* o un opositor a cátedras,... yo no sé lo que pensarán mis oyentes, pero yo echo de menos el timbre de la voz femenina y me choca en esas frases un no se qué de asexual o andrógino que podrá no disgustar en un libro, pero que desagrada en el trato y en la conversación.

He aquí, por ejemplo, como nos habla de su visita a Versalles. A Versalles se solía ir, cuando menos, una vez en la vida, para ver el espectáculo de la primera corte de Europa, y se daban por felices las burguesas de París si contaban entre la servidumbre del castillo alguna amistad que les facilitase la estancia. Así aconteció con Manon Phlipon y su madre: madame Le Grand, camarera de la Delfina, esto es, de María Antonieta, las recibió obsequiosamente en sus propias habitaciones. Ocho días permanecieron allí, alojadas y mantenidas, aunque bajo las tejas, *sous les combles,* como no se descuida de recordar Mme. Roland en las *Memorias*. Su impresión fué la siguiente:

«Los pequeños y los grandes cubiertos de toda la familia real »separada o reunida, las misas, los paseos, el juego, las presenta»ciones, tuviéronnos por espectadores durante una semana .. El »rostro sin polvos ni colorete de mi respetable madre y la decencia »de mi porte, delataban en nosotras a personas de la clase media; si »mis ojos o mi juventud inspiraban algun piropo, ello olía casi a pro»tección y me causaba casi tanto disgusto como los cumplidos de »Mme. de Boismorel. Tenía yo igualmente ejercitados la filosofía, »la imaginación, el cálculo y el sentimiento. No me mostraba sensible »al efecto de un gran aparato; me indignaba, sí, que tuviera por »objeto encumbrar a algunos individuos, ya demasiado poderosos »aunque nada interesantes por si mismos; prefería mucho más ver »las estatuas de los jardines que las personas del palacio; y habién»dome pedido mi madre si estaba contenta de mi viaje:—Sí, le res»pondí yo, con tal de que acabe pronto; unos días más y concluiría »por detestar con tal violencia a las gentes a quienes veo ahora,

»que no sabría qué hacer de mi rencor.—Pero, ¿qué daño te hacen?— »Sentir la injusticia y presenciar continuamente lo absurdo».

Este viaje tuvo efecto en 1771; Mme. Roland contaba entonces poco más de diez y seis años. Y no falta quien haya visto en dicha visita y en su impresión sobre el ánimo de la joven el primer germen de su apasionamiento revolucionario: una levadura de odio y de envidia que trabajó en su conciencia, que fué levantando la masa y que, al cabo de cuatro lustros, vino a hacer explosión en la forma que se verá luego, no sin antes haber rendido tributo a las vanidades y convenciones de que tanto abomina, la autora del juicio que acabo de traducir. Porque es el caso que, dos años después de la ida a Versalles, la señorita Phlipon perdió a su madre, sufrió una nueva crisis moral, retiróse algún tiempo a la Congregación, tuvo que hacer frente a no pocas dificultades de familia y se vió obligada, finalmente, a pedir a su padre rendición de cuentas de la herencia materna que iba dilapidando, por haberse entregado al juego y a la mala vida. Y entonces pensó en la solución matrimonial.

III

Manón había tenido pretendientes, pero ninguno llegó a interesarla de una manera viva. En alguna de sus cartas a las hermanas Cannet, habla de lo difícil de su gusto, de las exigencias de su corazón, del tipo de hombre inasequible e inhallable que forjan sus quimeras. Y aquí aparece el lenguaje pre-romántico: un anuncio de la revolución literaria que se acerca, cediendo el paso a la revolución política. Es la *romanesque* de los nuevos tiempos que ya se modela según el patrón de *La nueva Eloisa,* sin perjuicio de parecerle adorables todavía, como le parecieron siempre, el de *Cándido*, de Voltaire, y *Las aventuras de Faublas,* desvergonzado y escabroso libro de ese Louvet, que será más tarde convencional, miembro de la Gironda y ornamento del salón de Mme. Roland. De tal mezcolanza, en que entran por un lado la afectación «sensible» y vaporosa, por otro la depravación cerebral o de cabeza, por otro el catonismo clásico; que se alimenta ahora del *pathos* de Rouseau y luego de los lacticinios pastoriles de

Florián y más tarde de *Les bijoux indiscrets,* surgirán dentro de poco las *Corinas* y las *Lelias* de las dos generaciones siguientes, Mme. Stael primero y *Jorge Sand* después, de las cuales nuestra Roland es como el anticipo y lo fuera aun más completamente si al tumulto de su intervención política hubiese podido seguir después el reposo de la producción literaria.

El hecho es que cuando ya frisaba en los veinte y seis años se resolvió a contraer matrimonio. ¿Con quién? No se trataba esta vez de ningún aspirante común, vulgar, ordinario; de ningún artesano o tendero de aquellos a los cuales siempre desahució. No se trataba tampoco del príncipe ideal de las colegialas. Era un filósofo a la moda de su tiempo, un hombre de estudio, «un señor de cierta edad», que casi doblaba la suya: M. Roland de la Platière, agregado a la inspección o servicio de las manufacturas. Habíale conocido por intermedio de las hermanas Cannet; tratábale desde hacía cinco años y sentía por él estima, confianza, respeto, pero no amor. Ni ¿cómo podía inspirarle ese sentimiento, esto es, hablar a su corazón y a sus sentidos, aquel hombre alto, desgalichado, que hacía profesión de austeridad ya en su misma figura: un cuákero, de cabellos lisos y de ropa negra, según el modelo introducido en Europa por Benjamín Franklin? Un día habló seriamente a Manon y le pidió su mano. Ella accedió. Se hizo el noble propósito de suplir con una conducta irreprochable, con una abnegación filial y sin reservas, el ardor que le faltaba; y desde el primer día se convirtió, no sólo en un ama hacendosa sino también en un auxiliar de los trabajos intelectuales de su marido, hasta el punto de ser poco después el *factotum* de ellos y tomarle la delantera. Cuando los historiadores hablan de la vida política de Roland, de su papel, de su gestión en el ministerio se refieren al «matrimonio Roland», a la significación conjunta de la mujer y del marido, no sin que este último quede relegado a segundo término.

En pocas palabras puede resumirse la vida de los esposos hasta el momento de estallar la Revolución. Después de una breve estancia en París cuando la boda, residieron cuatro años en Amiens, donde Roland ejercía sus funciones. Allí nació la hija, también única, de ese matrimonio: la interesante Eudora, y en 1784 hicieron un viaje de estudio a Inglaterra. Vueltos de él, Mme. Roland, fué el mismo año a París, comisionada por su esposo ¿para qué se diría? Para impetrar la concesión de cartas de nobleza. El amor de la hija, la conveniencia de instituir un mayorazgo

o fideicomiso que pusiera su porvenir a salvo de todo riesgo, y sin duda la vanidad, el ansia de encumbramiento, la humillación de Versalles, impulsaron dicha tentativa, a la cual había precedido la adición al apellido Roland de ese apéndice de la Platière con que ha pasado a la historia, nombre de una pequeña propiedad familiar. Surgieron dificultades momentáneas para la obtención de ejecutoria, pero Mme. Roland no regresó a Amiens con las manos vacías: logró arrancar un ascenso considerable, un puesto de gran importancia para su marido. Al saltar de la silla de posta pudo hacerle entrega de la credencial en que se le nombraba inspector de las manufacturas de Lyon, es decir, del primer centro industrial de Francia.

Allí, en Lyon, consiguió disponer de un mayor escenario y fué adquiriendo no pocas relaciones, no pocos amigos fieles que reaparecerán a su lado en París, que acudirán a su salón, que pertenecerán a su grupo. Así Bosc, el joven naturalista y futuro miembro del Instituto, que la inició en la botánica, que guió sus primeros pasos en la herborización y que tiempo después, en los días angustiosos de Santa Pelagia, donde espera el llamamiento para el cadalso, hallará el modo de mandarle todas las mañanas desde el Jardín de Aclimatación un ramo que perfume y alegre su celda de reclusa. Así Lanthenas, así Bancal des Essarts, así algún otro de aquellos jóvenes, todo fuego, todo arrebato, todo adoración muda, sobre los cuales vagó la sospecha imprecisa de una preferencia de corazón que todos presentían pero que sólo el tiempo había de descubrir.

Entonces fué cuando esa Armida empezó su obra de fascinación por la palabra, hablada o escrita; por la música de su conversación, que imprimía al francés las candencias del italiano, según refieren, o por la agilidad de su pluma infatigable en la correspondencia. «Hacer, — decía ella — la felicidad de uno sólo y servir de lazo entre muchos por medio de todos los encantos de la amistad, yo no sé imaginar una ocupación más hermosa». Pero, ¿no es éste, por bien que se diga, un juego peligroso, una ambigüedad de la cual nadie puede jactarse de salir indemne? ¿No nos habla ella misma, en otro lugar, de «aquel vigor de atleta» a que le fué preciso recurrir para defender su edad madura de ese género de peligros? El encanto de tal misión será muy grande, lo es, en efecto; pero tan grande como su encanto resulta el equívoco sobre que descansa la tragicomedia de la intrusión mujeril en la historia,

lo que los antiguos expresaron con estas palabras: *dux femina facti.*

Nadie como Mme. Roland pudo atribuirse esa leyenda y ponerla por mote en su carta de civismo; ninguna mujer pudo proclamarse motriz y guía de los acontecimientos, como aquella «romana» que, residiendo en Lyon de 1789 a 1790, o instalada ya en París, escribiendo epístola tras epístola, o encauzando sobriamente la conversación; ahora en el saloncillo de la calle de la Harpe y luego bajo los artesones dorados del ministerio del Interior en la calle Nueva des Petits-Champs, tuvo en su mano los hilos de esa historia y movió con ellos a muchos personajes que no fueron a veces sino monigotes y autómatas de la *femina* eterna. Se creerá tal vez, se ha creído por mucho tiempo, que esa acción de Mme. Roland fué de templanza, de dulzura, como había de serlo poco después la de Teresa Cabarrús, convertida sucesivamente en la ciudadana Tallien y en «Nuestra Señora de Termidor». Todo lo contrario. La influencia de nuestra heroína no fué balsámica ni sedante, sino estimulante e impulsiva; no recuerda para nada la blandura de entrañas de la mujer sino el implacable arrebato varonil. Fué realmente «el hombre de la Gironda», irritando, azuzando a aquel grupo de intelectuales y artistas extraviados dentro de la política. Los más calurosos le parecen tibios; los más exaltados, culpables de moderación. Todo lo encuentra débil, cobarde, insulso

Veamos algunas muestras. Después del 14 de julio de 1789, el primer día como quien dice del estallido revolucionario, ya no puede contener su indignación. ¿Por qué? ¿Contra los asesinos de De Launay, de Flesselles, de Foulon? Nada de eso, porque todavía no han sido decapitados Luís XVI y María Antonieta. «Vosotros, vosotros no sois libres — escribe a Bosc, el 26 de julio de 1789 — . Os quejais de mi silencio, aunque yo escribo todos los correos. Verdad es que no me ocupo casi nada de vuestros asuntos personales: pero ¿quién es ahora el traidor que pueda interesarse por otros asuntos que los de la patria? Verdad es que yo os recomendaba cosas harto más vigorosas y serias que las que habéis hecho... Os ocupáis de las minucias de la municipalidad y dejáis escapar unas cabezas que van a concitar nuevos horrores. Sois unos verdaderos niños; vuestro entusiasmo me resulta fuego de paja y nada más. Y si la Asamblea no abre en toda regla el proceso de *dos testas ilustres* o algun Decio generoso no se decide a abatirlas, estáis todos, todos absolutamente perdidos».

IV

«Perdidos» no es la exacta traducción del original: la palabra concreta es de aquellas que no se reproducen en impreso más que por medio de la inicial y de unos puntos suspensivos. Así, antes que nadie, tres años antes de que nadie se atreviera a insinuar y proponer ese crimen, Mme. Roland inculpaba a sus amigos porque todavía no lo habían puesto por obra. Ya se vé. pues, como el público es fácil a la sugestión, y como hay que mirar de cerca y desmenuzadamente las cosas antes de discernir títulos de generosidad y clemencia a una persona o a un partido. Pero, se pregunta Edmond Biré: «¿no debemos ver en esa abominable carta el error, el extravío de un momento?» Por desgracia, no. Lo que sigue de su correspondencia y toda su conducta hasta el 10 de agosto — es decir, durante más de tres años — nos la muestran siempre abogando, siempre haciendo presión en favor de las medidas más extremas, aplaudiendo todos los excesos y, en la violencia de su jacobinismo, sobrepasando al propio Dantón.

De este modo se encara con Lauthenas, reprocha de continuo su tibieza a Brissot o a Camilo Desmoulins, incitándole un día y otro a ser más activo en la provisión de la *lanterne;* estimula la acción del pueblo sobre la Asamblea para imponerle terror y leyes exterminatorias como las que le costarán la vida. Su lenguaje es el del más inexorable delator de los clubs. La insurrección constituye para ella, no un derecho discutible, sino el más sagrado de los deberes; la compasión quiere decir debilidad y crimen; el ciudadano no debe conceder gracia a su mismo padre, cuando se trata del bien público... «Mientras vea — escribe en febrero de 1791 — que vuestros famosos comités se contentan con levantar simples espantajos de gorriones, afirmaré que los parisienses ya no son lo bravos que parecían ser al principio». Y de esto a la «audacia y siempre audacia», de Dantón, yo no sé reconocer diferencia alguna.

Después de esta última carta — una de tantas entre centenares de ellas — el matrimonio Roland llegaba a París, donde permaneció unos siete meses, de febrero a septiembre del 91, ins-

talándose en el Hotel Británico, de la *rue Guénégaud.* Allí abre su famoso salón; corre a la Asamblea; se aboca con Brissot; recluta concurrentes; obtiene la asistencia de Clavières, de Petion, de Buzot, de Antoine, del mismo Robespierre. ¿Tan sólo por ardor político o para oir los oráculos del austero Roland, el más austero pero también el más fastidioso y soporífero de los patriotas? No, ciertamente: por la presencia de una mujer amable, linda, de talento, que se cuidaba de no faltar nunca a esas cuatro reuniones semanales, segura de que sin ella acabarían inmediatamente. Sentada junto a una ventana, delante de una mesilla llena de libros, objetos de estudio y labores de mujer, María Phlipon trabajaba silenciosamente o despachaba correspondencia, mientras los concurrentes discutían acerca de la felicidad del género humano. Esto le permitía parecer agena a la discusión y seguirla más atentamente. Fuera de los cumplimientos de rúbrica a la entrada y a la salida, no solía oírsele la voz. Si alguien le dirigía la palabra, era después de roto el círculo y agotado el debate. Una botella de agua, un azucarero, una docena de vasos de cristal, constituían todo el aparato de la libación ofrecida a los dignos esparciatas.

De esta manera reunió a los periodistas y a los pocos miembros de la Asamblea, unos quince todo lo más, que habían escapado, según ella, a la peste del moderantismo, culminando entre todos Brissot, *Brutus-Brissot,* como decía familiarmente; Petion, *le vertueux Petion* inseparable en la historia de *le vertueux Roland;* y Robespierre, a quien llamaba entonces «este hombre digno», aunque el hombre digno la hizo guillotinar a los pocos meses, con la mayor dignidad del mundo. Pero los acontecimientos se precipitan, si bien no tanto como desea la mujer de Catón. El 21 de junio de 1791, Luís XVI y María Antonieta, son traídos desde Varennes y entran en las Tullerías, humillados y prisioneros. «De treinta a cuarenta mil guardias nacionales—escribe Mme. Roland—rodean a *nuestros grandes bandidos...* No puedo quedarme en casa; corro a ver a toda la brava gente de mi conocimiento para excitarla a las grandes medidas».

Veinte años atrás en Versalles, había dicho: «Si permaneciese aquí un día más, yo no sabría qué hacer de mi odio». Pero ahora ya lo sabe. «Me parece—escribe ahora—que es necesario *poner bajo secuestro al maniquí real y abrir proceso contra su esposa*». Y luego, ratificando y completando su pensamiento, añade: «Encausar a Luís XVI fuera sin disputa la más grande, la

más justa de las resoluciones, pero vosotros sois incapaces de tomarla». Dantón mismo, que se inclina a la proclamación del Delfín con una regencia, no le parece entonces «a la altura» de los acontecimientos. «No podremos ser regenerados—repite a Bancal des Essarts—*más que por medio de la sangre*»... Y resultaría interminable la enumeración, si tuviéramos que agotar los textos de esa índole, que siguen en *crescendo* furioso. Un año después, el 20 de junio por la noche, cuando conoció los pormenores de la invasión de las Tullerías, y qué angustias, qué sobresalto, qué vergüenzas tuvo que devorar la pobre reina, dejó escapar este grito de feroz alegría: «¡Ah! ¡Y cómo me hubiera gustado asistir a su larga incomparable humillación!»... Así fué en realidad, señoras y señores, la «leyenda» de los girondinos y de su sibila Eritrea, si nos tomamos el trabajo de comprobarla en los documentos, en las intenciones y en las obras; si cerramos la historia poemática de Lamartine y el *Banquete* de Carlos Nodier; si no nos confiamos, en suma, a nuestra pereza mental y a los libros de segunda y tercera manos, que se copian unos a otros y repiten o agrandan las mismas glorificaciones y las mismas calumnias.

Para terminar con este aspecto: tras una estancia de pocos meses en la Platière, Mme. Roland y su esposo, estaban de retorno en París a mediados de diciembre del 91; Vergniaud, el gran orador de la secta, pornunciaba el 10 de marzo su terrible discurso de acusación contra el probo ministro de Lessart; Petión se presentaba el día siguiente a la barra de la Asamblea para felicitarla por el decreto de proscripción que siguió a aquel discurso; las dos peroraciones hablaban también de «cabezas ilustres», de «rayos próximos a estallar», de «la espada de la justicia suspendida en alto»; en días sucesivos, son acusados igualmente el ministro de justicia Duport du Tertre, los ex-ministros Duportail, Tarbé, Bertrán de Moleville y el diputado Barnave. Es la facción girondina que inaugura la proscripción, la *razzia*, contra sus predecesores los constitucionales y *feuillants*, para que dentro de un año, las mismas palabras, las mismas acusaciones, el mismo rayo y la misma espada de la justicia, caigan sobre los miembros de la Gironda, ayer acusadores, hoy acusados en la segunda *razzia*, en el segundo exterminio, que será el que La Montaña emprenda contra ellos.

Pero mientras tanto Roland es ministro del Interior, por consecuencia de aquella remoción extraordinaria. Cuando el 21 de

marzo, ya de noche, Dumouriez, sonó a su puerta y les comunicó la noticia, María Phlipon pudo exclamar para sus adentros: «¡Al fin! He aquí mi obra. El ministro soy yo». Y la hija del grabador mediocre del *quai des Lunettes*, pasó a residir en el palacio del Ministerio: el hotel que el arquitecto Leveau había construído para el conde de Lionne en la calle Nueva des Petits-Champs y del cual el elegante Calonne, en los últimos tiempos del antiguo Régimen, «había hecho una de las maravillas de París». Con toda discreción, comprende que sería ridículo y afectado jugar a la gran señora y arregla el pie de la casa una en forma simple y original. Las recepciones masculinas, es decir, el «salón», continúan; pero ahora tiene invitados a comer dos veces por semana: unos quince cubiertos, que nunca pasan de veinte; una sola mesa y un solo servicio, que ella preside.

Y a todo ello, la política sigue su curso, y la Revolución continúa devorándose a si misma, y el rencor de Mme. Roland, contra el rey y especialmente contra María Antonieta, lejos de aplacarse va en aumento, no obstante las relaciones que con ellos debe mantener su marido según la comedia constitucional. Roland y Clavières, llegan a sentirse impresionados por la sinceridad, por la rectitud de juicio y de alma que descubren en Luís XVI, tratado de cerca; pero la mujer ministro les afea la debilidad de esta simpatía naciente.

V y último

Ella, Mme. Roland, escribe la famosa carta de *ultimatum*, suscrita por su marido, invitando al monarca por última vez a abrazar decididamente y sin reservas «la causa del pueblo», que constituirá el esquema de la futura acusación; ella después de las dimisiones de su esposo con Servant y Clavières paró la jornada del 20 de junio para que fuesen reintegrados a sus puestos los «ministros patriotas»; del salón de Roland y por uno de sus más ardientes partidarios, Barbaroux, serán llamados y conducidos los terribles marselleses, base de la jornada del 10 de agosto y en la mesa de Mme. Roland, esposa del ministro Pilatos, mientras con-

tinúan el 3 de septiembre, las matanzas de las prisiones, mientras pueden oirse todavía los gritos horrendos de las víctimas, Anacarsis Clootz, el «orador del género humano», el extravagante siniestro, hará sin contradicción de nadie, entre bocado y sorbo, la apología de los canibales que «trabajaban» — esta era la fórmula — en la Abadía, en el Carmen, en todas las casas de reclusión, para el exterminio de los traidores y para que Dantón fuese ministro del ministerio de los girondinos: esos girondinos que, según la leyenda, rechazaron su ayuda y la mano que les tendió después, deseoso de salvarles, porqué estaba manchada con la sangre de septiembre.

En fin: pasó septiembre, como habían pasado el 20 de junio y el 10 de agosto; pasa el proceso del rey, su condenación, su muerte, y viene por último, el 31 de mayo, esto es, la insurrección de la municipalidad y la caída de los girondinos. La novela de Manon toca a su desenlace, pero este desenlace, que la gente no verá ni comentará más que como una tragedia política, tiene un doble fondo pasional y humano. Manon ha sentido por primera vez en la vida una pasión, una gran pasión cálida y turbadora como las pasiones y las ráfagas de otoño, y quien se la ha inspirado y la comparte ardientemente, es uno de los diputados girondinos: el joven Buzot. No ha faltado, no faltará a sus deberes; ha querido retirarse de París con un pretexto decoroso; ha confesado lealmente, sinceramente, a su viejo marido esas alteraciones y borrascas de su corazón... ¿Hizo mal, hizo bien? La romana, la Porcía de otros días, ya no consulta a Plutarco; se consulta a si misma, se busca y se halla a si misma después de veinte años de extravío clásico y un si es no es pedantesco. Roland queda anodado, doliente, taciturno. Con la ruina de sus esperanzas políticas coincide el total desmoronamiento de sus ilusiones privadas, de su hogar, de su ventura y orgullo. Y al huir y ponerse en salvo contra los decretos de proscripción y de muerte, no se sabe si huye de la venganza jacobina o de su propia desolación, y al ser detenida Mme. Roland, el 1.° de junio a media noche y sentir entre las vehemencias de su alma y el objeto que las promovía, el obstáculo inexorable, insuperable de los muros y cerrojos de su prisión, respiró de hallarse también en salvo, de haber escapado a la tormenta íntima, por mucho que le costase dejar la cabeza en el empeño.

Puesta en libertad el 22 de junio, fué nuevamente detenida el

24 por la tarde y conducida esta vez, no a la Abadía, a Santa Pelagia. De Santa Pelagia pasó el 1.° de noviembre a la Conserjería. Días antes, María Antonieta había recibido sepultura en el cementerio de la Magdalena; aquel mismo día acababan de ser enterrados los girondinos, los amigos, los adoradores de Manón en su fugaz momento de gloria y de esperanza. ¿Qué pensaría entonces de su rencor de Versalles y de la «espada de la justicia» sedienta de cabezas ilustres?

No lo sabemos; sabemos únicamente, que en la mañana del día 8, el alguacil encargado de estos menesteres se acercó a la reja y pronunció dos nombres:—¡Lamarque!,—dijo, y se presentó un pobre hombre descompuesto, tembloroso, lívido.—¡Ciudadana Roland!—gritó después... El tribunal aguardaba. Mme. Roland había sido advertida de la citación y se presentó vestida con esmero, con cierta rebuscada coquetería: una «anglaise» de muselina blanca guarnecida de blonda, ajustada por un cinturón de terciopelo negro. Por debajo del sombrerillo gracioso, sus largos cabellos sueltos descendían sobre la espalda. Con una mano sostenía elegantemente la cola del vestido, y había abandonado la otra a una porción de mujeres que se estrujaban para cubrirla de besos; el carcelero Fontenay, con sus treinta años de servicio, no pudo reprimir las lágrimas.

El mismo día a las cuatro de la tarde, fué conducida al suplicio; su único compañero en la carreta se desvaneció de terror. Y entonces, dice uno de los biógrafos, se vió una cosa inaudita: «la valerosa Roland habló a ese hombre con tal calor, con tal interés que devolvieron un poco de ánimo al desdichado, y con una locuacidad y alegría tales que acabaron por atraer la sonrisa sobre los labios del infeliz que iba a morir como ella». Junto al cadalso dijo a Lamarque: «Subid vos el primero; no tendríais valor para presenciar mi muerte». Y como el verdugo vacilara, le objetó: «¿Podríais rehusar este último favor a una mujer que va a morir ahora mismo?»

No habló más, probablemente. Lo de haber pedido unos cuartos de hora de suspensión para consignar por escrito sus últimas impresiones como aditamento a las *Memorias;* la frase que se le atribuye como dicha ante la estatua de la libertad: «¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!», son, según todos los indicios de la interpretación histórica, retoques o adornos añadidos tiempo después por los que la preferían espartana o ateniense a

mujer esforzada y generosa como fué en sus instantes, en sus días últimos. Por la noche, su hija Endora, criatura de once años, puesta bajo nombre supuesto en la pensión de Mme. Godefroid, se enteró del horrible final de su madre; sus lágrimas la hubiesen delatado, hubiesen delatado a la casa que la abrigó y las contuvo heróicamente hasta que por fin, sola y revuelta en la cama, estalló de sollozos y de espasmos. Fué, más tarde, Mme. Campagneux, y edificó por su profunda piedad cristiana. Roland, el desolado Roland, había huído el 31 de mayo, pasando de Montmorency a Rouen, donde halló asilo impenetrable en casa de unas viejas amigas. Allí supo la muerte de su mujer. El 15 de noviembre, ocho días después de la ejecución, salió de su escondrijo, se despidió de sus fieles amigas, anduvo unas cuatro leguas, hasta Bourg-Baudouin, y, en la avenida que conducía a una granja, sentóse sobre el bordillo y hundió en su pecho la hoja del bastón-estoque. A la mañana siguiente unos caminantes descubrieron su cuerpo y le creyeron dormido.

Así acabó la novela de Manon Phlipon que según la frase de Sainte-Beuve, fué el Juan Jacobo de su sexo, más todavía que la nueva Eloísa, y con la cual se abrió el cortejo de las grandes mujeres representativas del moderno régimen. Su mérito real innegable, quedó eclipsado por la memoria de sus extravíos. Sus dones de hermosura, de talento, de juventud, se deformaron bajo el artificio de la máscara antigua, continuamente ajustada a su rostro. Pugnó por ahogar en si misma lo natural, lo femenino y hasta lo simplemente humano; fué al mismo tiempo el honor y la víctima de toda una época, de toda una literatura, de todo un estado mental. Como nadie, por varón y arrebatado que fuese, padeció y encarnó aquella calentura revolucionaria, aquel fanatismo cívico y nacional que a fuerza de inmolar a su ídolo sangriento todos los demás afectos y alegrías de la vida, amistad, parentesco, amor, clemencia, dulzura, acaban por hacer aborrecible la misma virtud y el nombre de humanidad y de progreso que continuamente invocan.

Ellos nos hacen preferir, como acontece en esta Revolución, no a los «incorruptibles» de la estirpe de Robespierre, ni a las mujeres catonianas y retóricas del cuño de Mme. Roland, sino a criaturas, tal vez más frágiles y propensas a la claudicación, como la exmarquesa de Fontenay pero que, a la manera de Rodopis levantaron con el precio de sus culpas una pirámide expiatoria para

aplacar a los dioses enfurecidos; o a otras verdaderamente trágicas y sublimes, nietas de Corneille según la sangre y según el espíritu, como Carlota Corday, de la cual trataremos, tal vez, otro día, otro año.

Tipografía de Francisco J. Altés, Ángeles 22 y 24. — Teléfono 4110 A. — Barcelona.

PRECIO:
1'50 Ptas.

A 000 034 933